

Pedro de Valencia. Obras completas VIII. Epistolario, Jesús María NIETO IBÁÑEZ, Inmaculada DELGADO JARA y María Isabel VIFORCOS MARINAS (coordinadores), Colección “Humanistas españoles” 39, León, Universidad de León, 2019, 633 páginas, ISBN 978-84-9773-966-5

EDUARDO DEL PINO

Universidad de Cádiz

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9372-2499>

eduardo.delpino@uca.es

DOI: <https://doi.org/10.24197/mrfc.0.2019.261-265>

Uno de los campos de mayor rentabilidad en la investigación del latín humanístico es el de los epistolarios. De hecho, el Humanismo en sí fue entre otras cosas un renacimiento de la epístola familiar de la Antigüedad.

Los primeros manuales publicados *de conscribendis epistolis* consistieron en buena parte en una aplicación de la retórica al ámbito epistolar (algo que provenía del *dictamen* del Medievo); eran un lugar en el que transmitir las partes del discurso (que se aceptaban igualmente válidas para una carta) y toda la preceptiva sobre una apropiada *inuentio*, *dispositio* y *elocutio*. Por eso algunos de esos manuales —que se escribieron para ser utilizados en la escuela— incorporaban repertorios de figuras de forma y pensamiento, y de tipos de cartas. Pero sin embargo, conforme avanza el Renacimiento, esos manuales se fueron despojando del corsé retórico (se ve más incluso en el de Vives que en el de Erasmo) y reinstauran lo propio de la epístola familiar antigua.

Los humanistas encontraron en las cartas de este tenor (y bajo la admiración por la colección ciceroniana) una vía para difundir entre ellos el proyecto cultural y educativo en el que estaban embarcados. A esta red de intelectuales se ha dado en llamar la *res publica litterarum*. Hoy día, a la vuelta de los siglos, el descubrimiento, edición, traducción y estudio de sus epistolarios nos aporta un retrato detallado de aquella comunidad transnacional: los intereses de cada uno, las redes de relaciones que se establecieron, etc. Incluso la epístola en verso, que tiene también un resurgir en la época, resulta una pieza válida para enviar a los amigos (si lo permite su brevedad), junto con la correspondencia. Todo esto tiene muchas veces algo que ver (como los *alba amicorum*) con el fenómeno modernamente llamado de la “Self Representation” y, con el tiempo, acaba dando lugar al género moderno del ensayo.

Los epistolarios de muchos de aquellos escritores se han convertido en una ventana directa a la vida social dentro de la “república de las letras”, más interesantes en cuanto que en la época asistimos a la gran discusión ideológica que agitó

aquella red: la referente a las disidencias religiosas que acabaron dando lugar a la segunda escisión de la obediencia romana, la de las iglesias reformadas. Estas tensiones internas afectaron a lo político y a lo social, y fueron tan profundas que duran hasta hoy. Es algo manifiesto al pensar en el famoso epistolario de Erasmo por Allen; o en el del biblista Benito Arias Montano, recientemente puesto en pie por mi compañero Antonio Dávila; o —para las iglesias reformadas— el del español Francisco de Encinas, por Ignacio J. García Pinilla; o en el monumental de José Justo Escalígero, por Dirk van Miert; o en el de Vives (con edición en proyecto, según se dice, por Ronald Truman y Gilbert Tournoy).

Hay también otro producto similar a las cartas, que puede dar mucha información de tipo parecido: el de las bibliotecas personales. Cuando se puede rastrear la biblioteca de un humanista —a veces dispersa hoy día entre no pocos destinos inimaginables— y seguir incluso las anotaciones manuscritas del dueño en los que fueron sus libros, es posible restaurar una cantidad considerable de información personal. Pienso en dos trabajos, relativamente recientes, que aúnan lo epistolar y lo librario: la *Biblioteca y epistolario del Pinciano*, por Juan Signes, Carmen Codoñer y Arantxa Domingo; y, a cargo de esta última, la biblioteca y epistolario también (con título de *Bibliofilia humanista*) de Juan Páez de Castro.

Pues bien, en este contexto hay que leer el *Epistolario* de Pedro de Valencia, volumen con el que se cierra la publicación de las obras completas del autor en la Colección de Humanistas Españoles del Instituto de Humanismo y Tradición Clásica de la Universidad de León.

Como es habitual, la literatura de las lenguas vernáculas en el Renacimiento es complementaria de la literatura neolatina de esa época. Así que no extraña que, para esta edición de las cartas de Pedro de Valencia (cuarenta y una en español y tres en latín), se haya reunido un grupo de quince investigadores de un abanico muy amplio de áreas de conocimiento: desde la Literatura Española a la Historia, pasando por las Filologías Griega y Latina.

Desde luego, después de las publicaciones de Gaspar Morocho, de Juan Francisco Domínguez y de Fco. Javier Fuente Fernández, o de Manuel Pérez López (para lo referente a Góngora), no cabía esperar grandes descubrimientos en este epistolario (muchas de cuyas piezas habían sido ya publicadas incluso en la misma colección de las obras de Pedro de Valencia a la que este volumen pone colofón). Pero el libro que reseñamos hace algunas aportaciones inéditas, actualiza el momento investigador de algunas cuestiones y, sobre todo, ofrece una rica labor de documentación tanto en la introducción a cada bloque de cartas (ordenadas por destinatarios) como en las notas al pie.

Cobra relieve aquí el importante humanista que fue Pedro de Valencia, un hombre casado y con amplia familia, que fue discípulo directo de Arias Montano y que podía disertar tanto de cuestiones religiosas como literarias o socio-económicas, y que llegó a vivir en la Corte de Felipe III como Cronista Real.

En las cartas a fray José de Sigüenza, entre otras, se revela como un buen conocedor de los problemas exegéticos referentes al texto bíblico, que estaban entonces sobre la mesa de discusión. En primer lugar, por ejemplo, aquellas referencias hechas desde el texto latino de la Vulgata a la versión de los Setenta, en contradicción (o al menos en divergencia) con los textos hebreos más antiguos. Valencia trata de aunar o compaginar las traducciones griegas y hebreas, lo que era la postura romana, a pesar de la decadencia de la piadosa y falsa leyenda de los setenta sabios que tradujeron por separado y coincidieron en cada letra. En segundo lugar, el humanista zafrense quiso explicar una de las extrañezas que tiene el Nuevo Testamento, si se compara con la praxis posterior de la Iglesia: en concreto la de los “tres bautismos”, que evidencia que las primeras comunidades comenzaron a bautizar de formas diferentes (en nombre solo de Jesucristo, por ejemplo), lo que podía afectar a una institución directa del sacramento por Jesús de Nazaret con la fórmula trinitaria.

Tema fundamental en este contexto era cómo compaginar la precedencia de la Gracia con la libertad del hombre para hacer obras meritorias (o sea, el binomio de justificación y libertad del hombre). Pedro de Valencia habla aquí, como en lo anterior, desde una perspectiva católica, pero nítidamente honesta, indicando, cuando es así, que no puede dar otra explicación más que la fe. Esta discusión sobre la justificación y la libertad —en la que se implicaron jesuitas y dominicos en forma llamativamente beligerante— acabó siendo zanjada, aunque mucho tiempo después, por la Santa Sede, indicando que había que salvaguardar tanto la precedencia de la Gracia como la libertad del hombre (y el valor de las buenas obras), y aceptarlo así como verdad revelada sin discutir su entendimiento desde la lógica.

Pero también algunas de estas cuestiones religiosas tenían que ver con la forma peculiar de entender la religión en España. Se discutía entonces sobre la realidad de una estancia del apóstol Santiago (cabeza de la Iglesia en Jerusalén) en la península ibérica y su sepulcro en Santiago de Compostela; sobre la fiabilidad de los plomos del Sacromonte; o sobre el entronque familiar de los Reyes Católicos con el emperador Constantino. Comenzaba en ese siglo la historia de los falsos cronicones, tan nefasta para España como su producto más típico: la Inquisición. Lógicamente, autores extranjeros como el cardenal Cesare Baronio en sus *Annales Ecclesiastici* (escritos por otra parte para contrarrestar el valor de la historia eclesiástica propuesta por la Reforma en las *Centuriae* de Magdeburgo) negaron una fundamentación real para la presencia de Santiago en España. Pedro de Valencia se sumó a esto, aunque parece que no en lo del sepulcro de Compostela. El autor zafrense quiso apoyar a su iglesia nacional y llegó a escribir una carta al papa Paulo V (también editada en el presente libro) para enaltecer más la festividad de san Pablo (del que también se defendía una estancia en España). Sí contribuyó Pedro de Valencia, como su maestro Montano, a desenmascarar la historia, otra vez tan piadosa como falsa, de la aparición en el Sacromonte de Granada de unos textos, algunos de ellos en árabe, que remitirían a un evangelio escrito en esa lengua al dictado nada menos

que de la mismísima Virgen María; o aquello del entronque de la familia real con los emperadores romanos.

Por otra parte, en sus cartas a su primo Ramírez de Prado, a los confesores reales o al Consejo de Estado (por petición del mismo), Pedro de Valencia desarrolla su pensamiento sobre el buen gobierno y su esperanza de un regeneracionismo moral y social. Dentro de esto se comprende su rechazo de las alteraciones en la moneda; su crítica a la injusta distribución de la propiedad de las tierras y de las cargas fiscales, décimos y alcabalas; de la avaricia de tratantes y revendedores (lo que hoy llamaríamos intermediarios); de la carestía del pan, del trato dado a los moriscos o de la atención prestada a pronósticos y supercherías. Como vemos, Pedro de Valencia acertó a señalar temas tan importantes que en algunos casos son de perenne actualidad, y adoptó ante ellos una postura que reflejaba a un gran pensador. No era un teórico de teologías abstractas —por decirlo de algún modo—, sino un pensador práctico que descendía con seguridad al terreno de la aplicación política. En la carta con que dedicó su *Discurso en materia de guerra y Estado* al también zafrense García de Silva y Figueroa defiende la formación de un ejército estable y profesional que superase la dependencia de levadas precipitadas y contratación de mercenarios. Al Consejo de Estado recomienda antes la conservación del Reino que la expansión imperialista, además de una “razón de estado” en donde lo útil se identificara con lo honesto (frente a la interpretación maquiavélica). Al Duque de Feria escribe recomendando la creación de una universidad en la propia localidad de Zafra, como revulsivo social para el progreso de la zona.

Además, nuestro autor fue también crítico literario y aplicó su saber a obras como el *Libro de erudición poética* de Carrillo de Sotomayor, los *Versos* de Fernando de Herrera, el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias o (lo que encontramos en este epistolario) a las *Soledades* y el *Polifemo* de Góngora. Como señalan los editores (Manuel María Pérez López y Juan Matas), Pedro de Valencia critica determinados aspectos del nuevo oscuro estilo del canónigo cordobés, pero su evaluación no es negativa y quizás entrevió que esa originalidad rayana en lo polémico abría nuevos caminos a la poesía en lengua vernácula. Para su valoración de Góngora acude principalmente a autores grecolatinos, en los que Pedro de Valencia era un experto; algo de lo que da muestra también en la carta al licenciado Ontiveros, escrita para aclarar el difícil pasaje de PLIN. nat. 7,50,169 sobre *per sapientiam mori*.

La correspondencia con Pablo de Céspedes (el primer teórico de las bellas artes en lengua española) nos hace ver que Pedro de Valencia leyó su *Discurso* y le ayudó en la traducción de autores griegos. Ambos compartían un refinado gusto por el coleccionismo, como su modelo común, Arias Montano. La presencia durante años de este último en Amberes y su estancia después, también larga, entre Aracena y Sevilla, marcó una de estas corrientes de correspondencia que dibujaron la *res publica litterarum*.

El entorno sevillano de Arias Montano ha sido dibujado por trabajos de Juan Gil, Fernando Navarro, Luis Gómez Canseco, Guy Lazure, y de mis compañeros Bartolomé Pozuelo y Joaquín Pascual: se encuentran aquí humanistas como Francisco de Pacheco, Juan de Mal Lara, Juan de Ovando o Pedro Vélez de Guevara (cuyo epistolario ha sido descubierto y publicado por Pozuelo y Lazure). En la correspondencia entre las cuencas bajas de los ríos Escalda y Guadalquivir (dos “países bajos” al norte y sur de Europa), participaron el propio Plantino (y su yerno Moreto después de la muerte de este) y los flamencos Crispin van der Broecks, Pieter van der Borch o Jan Wouber, entre otros. Pedro de Valencia estuvo en relación con ese círculo, de lo que nos quedan dos cartas dirigidas a Moreto, instándole a publicar las obras de Montano que permanecían inéditas en la casa antuerpiense.

Solo cabe nombrar pequeñas deficiencias en esta edición del epistolario completo de Pedro de Valencia, provenientes sobre todo de ser una obra dividida entre tantos autores. Por ejemplo, se hubiera agradecido la exhaustividad en el repertorio final de fuentes bibliográficas utilizadas —con título de “Bibliografía citada (selección)—, a la hora de volver a encontrar una referencia en una segunda lectura.

Pero nada empece la recomendación de esta valiosa edición (traducción en su caso) y estudio del epistolario de Pedro de Valencia, que encontramos en el volumen VIII de sus *Obras Completas* en la Colección de Humanistas Españoles de la Universidad de León.